

CHINA, ¿LA CRIADA DE ESTADOS UNIDOS?

El dilema de la RPCh en la crisis global

La crisis de las hipotecas *subprime* y la posterior contracción global multiplicaron las especulaciones en torno a la posibilidad de que emergiera un contrincante que pudiera reemplazar a Estados Unidos como protagonista dominante en la economía-mundo capitalista¹. Dado que la crisis financiera en Estados Unidos y el Norte global había sido provocada por un elevado endeudamiento, una baja productividad y un consumo hipertrófico, parecía lógico dirigir la mirada allí donde se estaban produciendo procesos diametralmente opuestos, esto es, a la enorme inversión en deuda pública estadounidense, a la capacidad productiva y a las altas tasas de ahorro de las economías exportadoras asiático-orientales, para identificar a los candidatos probables de tal sustitución. Inmediatamente después de que el colapso de Lehman Brothers desencadenara en 2008 la recesión global, se proclamó el triunfo final de Asia oriental, y sobre todo de China, como modelo de desarrollo; los comentaristas del *establishment* estadounidense concluyeron que la Gran Contracción de 2008 operaría como catalizador del cambio del centro del capitalismo global de Estados Unidos a China².

Sin embargo, en la primavera de 2009 muchos analistas se habían percatado de que las economías asiático-orientales no eran tan formidables como sugerían las apariencias. Aunque la severa contracción de la demanda de importaciones en el Norte global había provocado aterrizajes contundentes para los exportadores asiáticos, la perspectiva de que el mercado de bonos estadounidense o el dólar se hundieran les enfrentaba al difícil dilema de, bien deshacerse de los activos estadounidenses, desencadenando así el colapso del dólar, bien comprar más para impedir un hundimiento inmediato pero a costa del aumento de su exposición al mismo en el futuro. La inver-

¹ Una primera versión de este artículo se presentó en la conferencia «Dinámica de la crisis global, movimientos antisistémicos y nuevos modelos de hegemonía», celebrada en honor de Giovanni Arrighi entre el 25 y el 29 de mayo de 2009 en Madrid y organizada por la Universidad Nómada y el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Quiero mostrar aquí mi agradecimiento por los comentarios de los participantes en este evento.

² Véase Roger Altman, «The Great Crash, 2008. Geopolitical Setback for the West», *Foreign Affairs* (enero-febrero de 2009).

sión dirigida por el Estado, implementada a gran escala durante el último año mediante el programa de megaestímulo de la RPCh, posibilitó una importante recuperación de China así como de sus socios comerciales asiáticos; sin embargo, el crecimiento generado es improbable que se sostenga por sí mismo. Los economistas y asesores políticos chinos han mostrado su preocupación ante la posibilidad de que la RPCh se tambalee de nuevo una vez que el efecto del estímulo se desvanezca, dado que es improbable que los consumidores estadounidenses asuman el papel de motor de la economía mundial en un futuro inmediato. A pesar de toda la cháchara sobre la capacidad de China para destrozar el estatus de moneda-reserva del dólar y para construir un nuevo orden financiero, la RPCh y sus vecinos cuentan con pocas opciones a corto plazo más allá de sostener el predominio económico estadounidense concediendo más crédito al Tesoro de Estados Unidos.

En este artículo trazaré los orígenes históricos y sociales del aumento de la dependencia de China y de Asia oriental de los mercados de consumo del Norte global como fuente de su crecimiento, y de los instrumentos financieros estadounidenses como reserva de valor para sus ahorros. A continuación evaluaré las posibilidades a más largo plazo de poner término a esa dependencia, sosteniendo que, para crear un orden económico más autónomo en Asia, China tendría que transformar un modelo de crecimiento orientado hacia las exportaciones –que ha beneficiado fundamentalmente a los intereses adquiridos de los sectores exportadores de las regiones costeras y que ha sido perpetuado por ellos– en otro impulsado por el consumo interno mediante una redistribución a gran escala de la renta al sector rural-agrícola. Esto no será posible, sin embargo, sin romper el control del poder ejercido por la elite urbana costera.

Tigres y gansos

La historia del rápido encumbramiento de Japón y de los cuatro tigres –Corea del Sur, Taiwán, Hong-Kong y Singapur– tras la Segunda Guerra Mundial es bien conocida y no hace falta repetirla aquí. Si su ascenso dinámico puede atribuirse al papel desempeñado por un poder centralizado a la hora de dirigir recursos preciosos a sectores industriales estratégicos, resulta igualmente importante reconocer que fue ante todo la geopolítica de la Guerra Fría en Asia oriental la que hizo posible la existencia de Estados desarrollistas en esa región. Durante el periodo de la Guerra Fría, en Asia en realidad se libró una guerra caliente. El apoyo de la China comunista a las guerrillas y su implicación en las guerras de Corea y Vietnam condujeron a la región a un permanente estado de emergencia, mientras que Washington contemplaba Asia oriental como el eslabón más débil en su estrategia de contención del comunismo. Al considerar a sus principales aliados asiáticos –Japón y los cuatro tigres– demasiado importantes para caer, les suministró abundante ayuda financiera y militar a fin de desencadenar y dirigir su crecimiento industrial, mientras mantenía los mercados estadou-

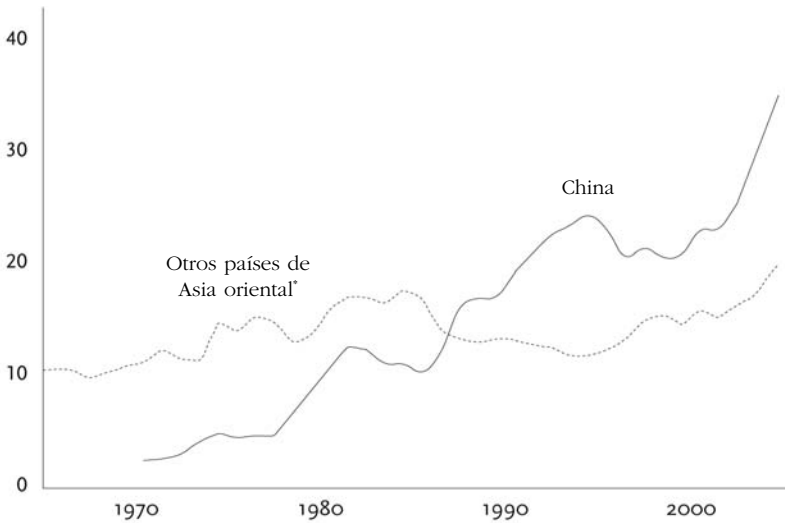
nidenses y europeos abiertos a los bienes manufacturados asiáticos. Este acceso a los mercados occidentales constituyó una ventaja añadida que otros países en vías de desarrollo no tuvieron y sin la cual resulta inimaginable que las economías asiáticas hubieran disfrutado de tal éxito. Contemplado desde esta perspectiva, el rápido crecimiento económico de Asia oriental no fue en absoluto un «milagro». Estados Unidos lo concibió y desarrolló como parte de su esfuerzo por crear bastiones subordinados y prósperos contra el comunismo en la región de Asia y el Pacífico. Nunca se pensó que estas economías desafiaron los intereses geopolíticos y geoeconómicos estadounidenses, concibiéndose su papel como clientes sumisos que ayudarían a Washington a realizar sus planes en la región.

Los exportadores asiáticos, organizados en redes de producción multietratificadas de subcontratación centradas en torno a Japón, ocuparon diferentes eslabones en la cadena de valor, especializándose cada uno de ellos en la manufactura de bienes ubicados en niveles particulares de rentabilidad y sofisticación tecnológica. Japón se concentró en los productos de mayor valor añadido, los cuatro tigres en los de gama media y los tigres emergentes del Sudeste Asiático en los intensivos en trabajo y bajo coste. Esta célebre pauta de gansos en vuelo formó una red de proveedores fiables, que suministró una amplia gama de productos de consumo al Primer Mundo.

Cuando las tensiones de la Guerra Fría comenzaron a disminuir durante los años ochenta, los déficits por cuenta corriente y presupuestario estadounidenses empezaron a crecer como consecuencia de los recortes fiscales neoliberales y la escalada de los gastos militares acaecida en las etapas finales de la época. Sin embargo, las economías asiáticas, en lugar de abandonar la órbita de la hegemonía estadounidense, estrecharon sus lazos con Estados Unidos financiando ese desbocado doble déficit. La industrialización orientada hacia la exportación era el reverso de un bajo consumo interno. Los consiguientes excedentes comerciales y las altas tasas de ahorro permitieron a estos Estados acumular un considerable poder financiero en forma de grandes reservas de divisas. Al considerar los títulos públicos estadounidenses como la inversión más segura existente en las finanzas globales, la mayoría de los exportadores asiático-orientales aparcaron voluntariamente sus recursos de tesorería acumulados adquiriendo bonos del Tesoro estadounidense de baja rentabilidad, lo cual los convirtió en los principales acreedores de Estados Unidos. Su financiación del déficit por cuenta corriente estadounidense espoleó a continuación el apetito de Estados Unidos por las importaciones asiáticas, al tiempo que el ulterior incremento de los excedentes comerciales asiáticos propició la compra de todavía más bonos del Tesoro. Estos procesos mutuamente alimentados aumentaron la dependencia comercial y financiera de Estados Unidos, y contribuyeron a prolongar su frágil prosperidad mientras la hegemonía estadounidense de desmoronaba.

Las reformas promercado acometidas por la RPCh a principios de los años ochenta, y con más intensidad durante los noventa, convirtieron a este país

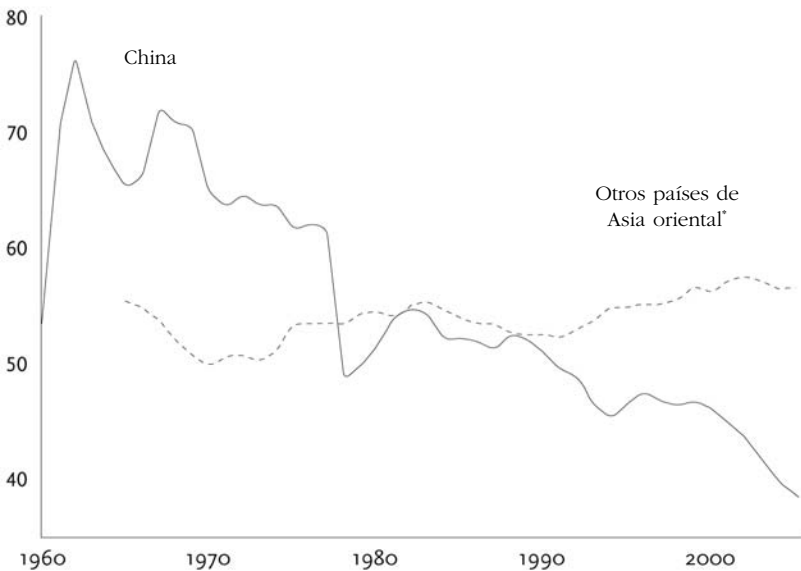
Figura 1. *Exportaciones como porcentaje del PIB en las economías asiático-orientales, 1965-2004*



* Representa la media de Japón, Corea del Sur y Taiwán, excluidos Hong-Kong y Singapur, dada la importante proporción de actividad comercial de redistribución característica de sus economías.

Fuente: World Bank and Taiwan Economic Data Center, AREMOS database.

Figura 2. *Consumo privado como porcentaje del PIB en las economías asiático-orientales*



* Representa la media de Japón, Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong-Kong.

Fuente: World Bank and Taiwan Economic Data Center, AREMOS database.

Cuadro 1. *Exportaciones de Asia oriental a Estados Unidos y al mundo (en billones de dólares estadounidenses)*

	1985		1995		2005	
	Estados Unidos	Mundo	Estados Unidos	Mundo	Estados Unidos	Mundo
China	2,3	27,3	24,7	149	163,3	762,3
Japón	66,7	177,3	122	443,3	136	594,9
Corea del Sur	10,8	30,3	24,3	131,3	41,5	284,3
Taiwán	14,8	30,7	26,4	113	29,1	198
Hong-Kong	9,3	30,2	37,9	173,6	46,5	289,5
Singapur	4,8	23	21,6	118,2	23,9	207,3

Fuente: IMF Direction of Trade Statistics and Taiwan Economic Data Center, AREMOS database.

en un tigre asiático tardío. Muchos predijeron que sólo China sería capaz de romper con la doble dependencia de Asia de Estados Unidos, dadas su autonomía geopolítica y sus excepcionales dimensiones demográficas y económicas. Sin embargo, hasta la fecha China no se ha liberado de la servidumbre de suministrar a Estados Unidos crédito barato e importaciones a buen precio. Todavía peor, la intensidad del modelo de crecimiento de la RPCh, orientado hacia el mercado exterior y restrictivo del consumo privado, ha hecho su dependencia comercial y financiera de Estados Unidos aún mayor que la de sus predecesores. Si comparamos los aspectos más importantes de la economía política china con los de sus vecinos en una etapa similar de desarrollo, se impone la evidencia de que el modelo chino es, en buena medida, una réplica en una forma extrema del modelo previo de crecimiento asiático-oriental. La figura 1 muestra que la dependencia comercial china, medida por el valor total de las exportaciones como porcentaje del PIB, ha crecido de modo continuo, llegando a un nivel nunca alcanzado en otras economías de Asia oriental. Por otro lado, el peso del consumo privado chino como porcentaje del PIB ha declinado, cayendo muy por debajo del conocido por otros países durante su fase de despegue (figura 2). Como muestra el cuadro 1, para China –como antes para Japón y los tigres asiáticos– Estados Unidos constituye el mercado de exportación individual más importante, tan sólo superado recientemente por la Unión Europea. China ya se ha convertido en el principal proveedor de Estados Unidos.

La drástica expansión de las industrias exportadoras chinas no sólo explica su deslumbrante crecimiento económico, sino también, por mor de su explosivo excedente comercial, su poder financiero global. Como se muestra en la figura 3, las reservas de divisas en la actualidad exceden con holgura las del resto de sus vecinos de Asia oriental. Hasta la fecha China, como otros exportadores, ha estado invirtiendo la mayoría de sus ahorros en bonos del Tesoro estadounidense. En la víspera de la crisis de las hipotecas

subprime, China se había convertido en el mayor exportador a Estados Unidos y, al mismo tiempo, en su acreedor más importante, financiando su déficit por cuenta corriente y sosteniendo su capacidad de absorber importaciones (véase la figura 4). Mientras que las exportaciones baratas de China contribuyeron a reducir la inflación estadounidense, su compra masiva de títulos contribuyó a reducir su rentabilidad, es decir, su coste para el Tesoro y, por consiguiente, los tipos de interés estadounidenses. Al comportarse de este modo, China se ha convertido en los últimos años en el principal artífice de la vitalidad económica estadounidense.

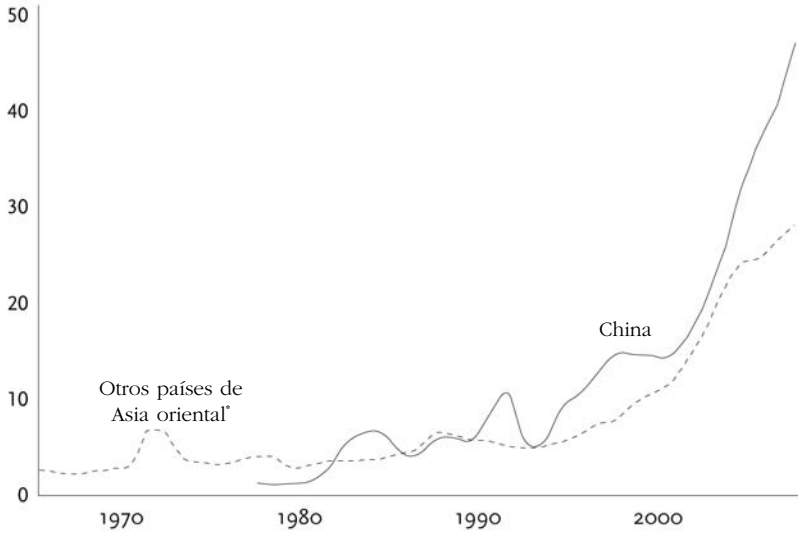
Crisis agrícola

La capacidad de China para dar vida a una versión extrema del modelo de crecimiento orientado hacia las exportaciones típico de Asia oriental se ha articulado durante las tres últimas décadas en torno tanto de la coyuntura global como de la economía política interna de la RPCh. En primer lugar, el despegue intensivo en trabajo de la RPCh coincidió con el inicio de una expansión sin precedentes del comercio mundial desde los años ochenta. Si no hubiera sido por la subcontratación de la producción industrial desde el Norte global y el colosal apetito de éste por las importaciones de manufacturas baratas, la RPCh no hubiera podido encontrar en las exportaciones su camino a la prosperidad. No podemos olvidar tampoco, porque constituye un factor sencillamente esencial, que la excepcional competitividad china se funda en gran medida en el dilatado estancamiento de los salarios industriales en comparación con otros países asiáticos en etapas equivalentes de desarrollo.

Muchos estudiosos sostienen que la competitividad salarial china se deriva de su régimen de tipos de cambio fijos, que infravalora su moneda considerablemente. Otros afirman que el enorme excedente chino de trabajadores rurales le permitió desarrollarse con una oferta «ilimitada» de trabajo durante mucho más tiempo que el resto de economías asiáticas. Sin embargo, un examen más atento revela que ambas explicaciones son erróneas. En primer lugar, como muestra la figura 5, la diferencia entre los niveles salariales de China y los de sus vecinos es mucho mayor de lo que podría atribuirse a una moneda infravalorada. Aunque el yuan se apreciara un 20-30 por 100 frente al dólar –como defienden muchos críticos estadounidenses de la manipulación de la moneda por parte de China– los salarios chinos aún seguirían siendo significativamente menores. En segundo lugar, una oferta ilimitada de trabajo no es un fenómeno natural derivado de la estructura poblacional china, como se presume habitualmente. Por el contrario, es una consecuencia de las políticas rurales del gobierno que, deliberadamente o no, llevó a la bancarrota a las zonas rurales y generó un continuo éxodo rural.

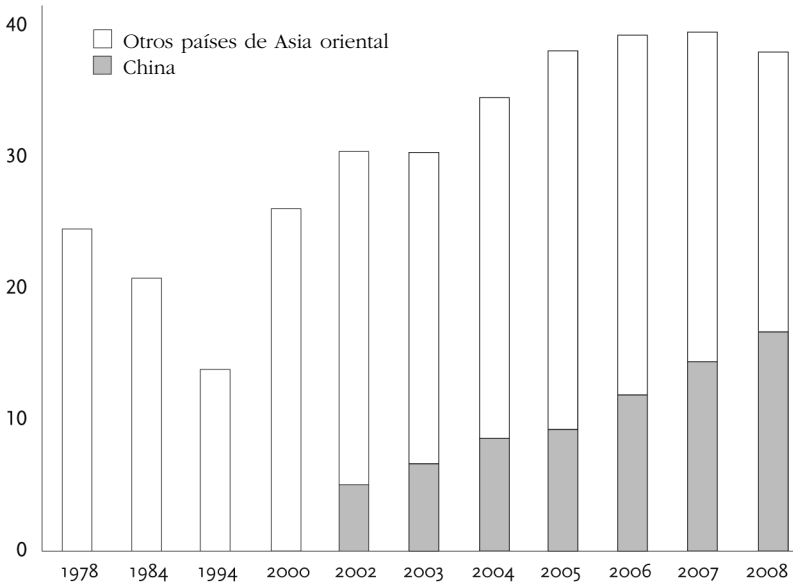
La relación entre estas políticas y los bajos niveles salariales puede ilustrarse comparando la evolución rural de China con la de Japón, Corea del Sur y Taiwán, que también tenían enormes poblaciones rurales e importantes sec-

Figura 3. Reservas de divisas como porcentaje del PIB en Asia oriental



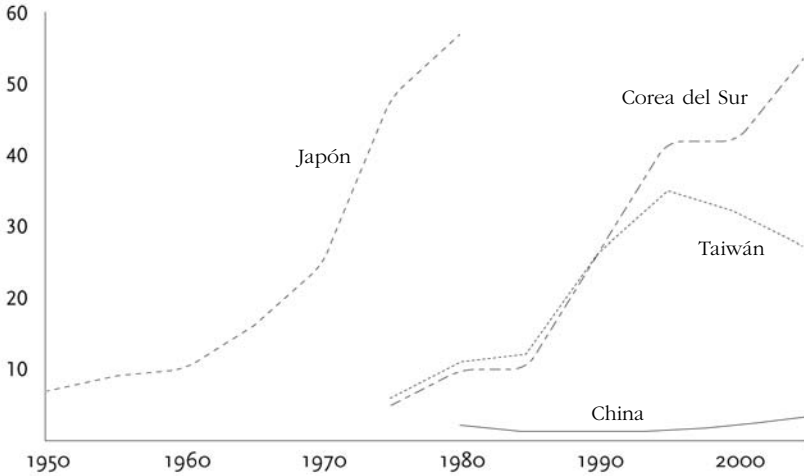
* Representa la media de Japón, Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong-Kong.
Fuente: World Bank and Taiwan Economic Data Center, AREMOS database.

Figura 4. Porcentaje de la deuda pública estadounidense a largo plazo en manos de países asiático-orientales y de China



Fuente: Departamento del Tesoro estadounidense.

Figura 5. Salario industrial en Asia oriental como porcentaje del salario estadounidense



Fuente: US Bureau of Labor Statistics, Foreign Labor Statistics (Japón y tigres asiáticos); China Statistical Yearbook.

tores agrarios en los inicios de sus despegues económicos. En el Japón de posguerra, el gobernante Partido Democrático Liberal había dirigido activamente recursos a las zonas rurales mediante el gasto en infraestructura rural, la financiación del desarrollo agrario, los subsidios agrícolas y los aranceles impuestos a los productos extranjeros. En Corea del Sur, el régimen de Park lanzó el Movimiento de los Nuevos Pueblos (*Saemaul Undong*) a principios de la década de los setenta, dedicando cuantiosos recursos presupuestarios para modernizar la infraestructura rural, financiar la mecanización agrícola y crear instituciones educativas y cooperativas rurales. Esta iniciativa conoció un éxito considerable: incrementó la renta de los hogares rurales del 67 por 100 de la renta urbana en 1970 al 95 por 100 en 1974, eliminando virtualmente el diferencial existente entre ambas³. En Taiwán, el gobierno del KMT acometió políticas similares durante los años sesenta y setenta, y realizó esfuerzos conscientes para promover la industrialización rural. La estructura descentralizada resultante de la industria taiwanesa permitió a los agricultores trabajar estacionalmente en las fábricas próximas sin abandonar del todo sus tareas agrícolas o emigrar a las grandes ciudades, lo cual contribuyó a retener una parte considerable de recursos laborales en las zonas rurales, estimulando un crecimiento rural-urbano más equilibrado; a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta, la renta rural per cápita se mantuvo siempre por encima del 60 por 100 del nivel urbano. A tenor de tales políticas, no resulta sorprendente que el excedente de trabajo rural se agotará rápidamente y que los salarios industriales se incrementasen en estos países.

³ John Lie, «The State, Industrialization and Agricultural Sufficiency. The Case of South Korea», *Development Policy Review* IX, 1 (1991), pp. 37-51.

Las razones para la adopción de estas diferentes sendas fueron variadas. En Japón, la importancia de los votos rurales para el éxito electoral del PDL explica la atención prestada al desarrollo rural. Para los regímenes autoritarios de derecha de Corea del Sur y Taiwán, la promoción del desarrollo rural-agrícola constituyó un modo de minimizar la dislocación social que habitualmente acompaña a los procesos de industrialización e impedir que la izquierda tuviera influencia en las zonas rurales. Fue también un modo crucial de asegurar la seguridad alimentaria en el contexto de las tensiones de la Guerra Fría. Por el contrario, el desarrollo industrial de China desde mediados de los años ochenta ha sido mucho más desequilibrado que el de Japón, Corea del Sur o Taiwán. Durante los últimos veinte años, el gobierno chino ha concentrado la inversión fundamentalmente en el sector urbano-industrial, particularmente en las áreas costeras, permitiendo que la inversión en la agricultura languideciera. Los bancos públicos han centrado sus esfuerzos en la financiación del desarrollo urbano-industrial, mientras que la financiación rural y agrícola ha sido descuidada. Durante las últimas dos décadas, la renta rural per cápita nunca ha excedido el 40 por 100 del nivel urbano.

Ese sesgo urbano emergió al menos parcialmente debido al predominio de una poderosa elite urbano-industrial procedente de las regiones costeras meridionales. Este segmento, que germinó tras la integración inicial de China en la economía global, expandió sus recursos financieros y su influencia política gracias al *boom* exportador, y se hizo cada vez más adepto a conformar las políticas del gobierno central a su favor. De acuerdo con una reciente valoración, la «facción elitista» del PCCh –formada por líderes senior que construyeron sus carreras en las regiones costeras y en las administraciones comerciales y financieras– controla más puestos en el Politburó que la rival «facción populista», que tiene lazos más fuertes con las provincias interiores. Aunque Hu Jintao, el actual jefe del Estado, es un líder de la facción populista, Xi Jinping –escogido por el Partido para suceder a Ju en 2012 contraviniendo al propio favorito de Hu– ha sido el presidente de las provincias costeras de Fujian y Zhejiang, siendo una figura de primer plano de la facción elitista⁴. Su creciente influencia aseguró que se prestase más atención al fortalecimiento de la competitividad exportadora de China y a la atracción de la inversión extranjera que al desarrollo agrícola. Las revueltas urbanas de 1989 –originadas por la hiperinflación y el deterioro de los niveles de vida en las grandes ciudades– únicamente intensificaron la determinación del partido-Estado de asegurar la prosperidad económica de las áreas metropolitanas a expensas de las zonas rurales durante los años noventa.

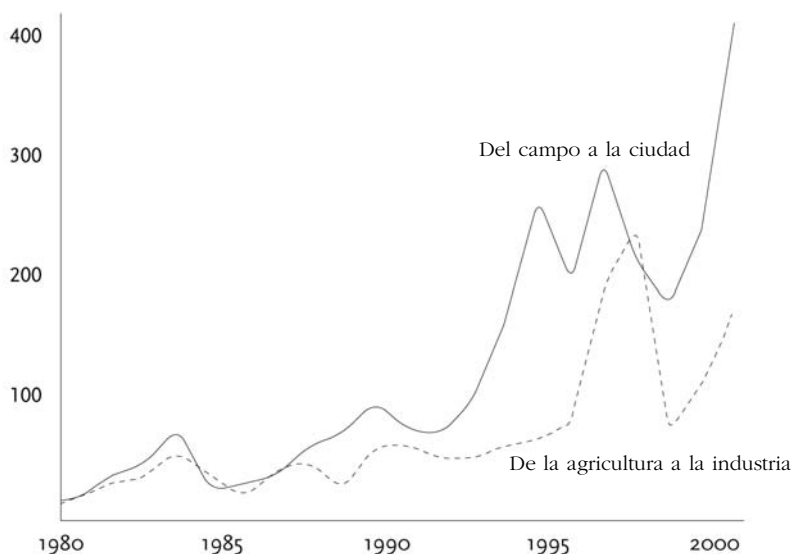
El resultado de este sesgo urbano ha sido el estancamiento económico relativo en el campo y el consiguiente rigor presupuestario por parte de los go-

⁴ Cheng Li, «One Party, Two Coalitions in China's Politics», Brookings Institute, 16 de agosto de 2009.

biernos locales rurales. Desde la década de los noventa, el deterioro de las rentas agrícolas y el declive de las industrias rurales colectivas –las empresas de los pequeños y medianos núcleos urbanos y rurales que eran los vibrantes generadores de empleo en las etapas primigenias de la reforma pro mercado– forzaron a la mayoría de los trabajadores jóvenes de las zonas rurales a partir hacia las ciudades, creando un círculo vicioso que ha precipitado una crisis social rural. No obstante, el sector agrícola de China no fue únicamente abandonado, sino también explotado para apoyar el crecimiento urbano. Un estudio reciente ha llegado a la conclusión de que se produjo de modo sostenido una creciente transferencia neta de recursos desde el sector rural-agrícola al urbano-industrial entre 1978 y 2000, y ello tanto mediante la política tributaria y de gasto público como mediante el sistema financiero (vía depósitos de ahorro y préstamos)⁵. Las excepciones a esta tendencia fueron los años en que la economía urbana experimentó un declive temporal, como sucedió tras la crisis asiática de 1997-1998 (véase la figura 6).

El modelo de desarrollo pro urbano de la RPCCh es, por consiguiente, la fuente de la prolongada oferta de trabajo «ilimitada» y, por lo tanto, del estancamiento salarial que ha caracterizado su milagro económico. Esta pauta de comportamiento también explica el creciente excedente comer-

Figura 6. *Transferencia total de recursos de tesorería del campo a las ciudades (millardos de yuanes a precios constantes)*



Fuente: H. Jikun, S. Rozelle y W. Honglin, «Fostering or Stripping Rural China. Modernizing Agriculture and Rural to Urban Capital Flows», cit.

⁵ Huang Jikun, Scott Rozelle y Wang Honglin, «Fostering or Stripping Rural China. Modernizing Agriculture and Rural to Urban Capital Flows», *The Developing Economies* XLIV, 1 (2006), pp. 1-26.

cial de China, que constituye la fuente de su poder financiero global. Sin embargo, los bajos salarios y los reducidos niveles de vida rurales que han resultado de esta evolución han constreñido el mercado del consumo interno de China y agudizado su dependencia de la demanda de consumo del Norte global, que se sustenta cada vez más en el endeudamiento masivo con el gigante asiático y otros exportadores de la región. Como esos otros exportadores se han integrado en la máquina exportadora china mediante la regionalización de las redes de producción industrial, las vulnerabilidades de la economía china se han convertido en la debilidad del conjunto de la región asiático-oriental.

Dependencia sinocéntrica

Durante los años noventa, China se estableció gradualmente como el exportador asiático más competitivo de productos de diversa sofisticación tecnológica, lo cual ejerció una considerable presión sobre el resto de países de la región, incluidos Japón y los cuatro tigres originarios, así como el grupo de tigres emergentes en el Sudeste Asiático tales como Malasia y Tailandia, que se vieron obligados a adaptarse. La competitividad de la RPCh indujo a muchos exportadores industriales a reubicarse en otras partes de Asia. Un informe de *The Economist* de 2001 observaba la «alarma y la desesperación» con que los vecinos de China estaban reaccionando a su ascenso:

Japón, Corea del Sur y Taiwán temen un «vaciamiento» de sus industrias a medida que sus fábricas se trasladan a China en búsqueda de menores costes. El Sudeste Asiático está preocupado por la «dislocación» del comercio y de los flujos de inversión [...]. China no es un ganso [volador] porque simplemente fabrica bienes ordinarios y bienes sofisticados al mismo tiempo, pañales de tela y microchips [...]. Fabrica bienes que se extienden a lo largo de toda la cadena de valor a una escala que determina los precios mundiales. De ahí la ansiedad del Sudeste Asiático. Si China es más eficiente en todo, ¿qué pueden fabricar sus vecinos?⁶

Los vecinos de China reestructuraron dolorosamente sus sectores exportadores para minimizar la encarnizada competencia con la RPCh y aprovecharse de su ascenso. De acuerdo con el antiguo orden industrial asiático-oriental, cada una de sus economías había exportado grupos específicos de bienes de consumo terminados. Ahora esos países comenzaron a incrementar la proporción de componentes de alto valor añadido (Corea y Taiwán) y de bienes de capital (Japón) en sus exportaciones a la República Popular.

Como muestra el cuadro 2, durante la última década las exportaciones a China desde Corea del Sur, Hong Kong y Taiwán superaron las que enviaban a Estados Unidos, mientras que las procedentes de Japón y Singapur

⁶ «A panda breaks the formation», *The Economist*, 25 de agosto de 2001.

exportadas a China se aproximaron rápidamente a las que tenían por destino la potencia estadounidense. En 2005, el modelo de regionalismo asiático de los gansos voladores centrado en torno a Japón había sido reemplazado por una red de producción sinocéntrica en la que China exportaba la mayoría de los bienes de consumo final al Norte global en nombre de sus vecinos asiáticos, que suministraban a China los componentes intermedios y las máquinas para el montaje. Esta estructura puede considerarse como un equipo de criados con China a la cabeza, que dirige al resto a la hora de suministrar exportaciones baratas a Estados Unidos y que utiliza los ahorros duramente ganados para financiar las compras estadounidenses de esas exportaciones.

Cuadro 2. *Exportaciones a China y a Estados Unidos como porcentaje de las exportaciones totales*

	1985		1995		2005	
	<i>China</i>	<i>Estados Unidos</i>	<i>China</i>	<i>Estados Unidos</i>	<i>China</i>	<i>Estados Unidos</i>
Japón	7,1	37,6	5	27,5	13,5	22,9
Corea del Sur	0	35,6	7	18,5	21,8	14,6
Taiwán	0	18,1	0,3	23,3	22	14,7
Hong-Kong	26	30,8	33,3	21,8	45	16,1
Singapur	1,5	21	2,3	18,3	9,5	11,5

Fuente: IMF Direction of Trade Statistics and Taiwan Economic Data Center, AREMOS database.

La integración regional en Asia oriental se capta de modo óptimo en la correlación existente entre los picos y los valles de las cifras de exportación chinas y de sus vecinos. Por ejemplo, la recuperación de Asia de la crisis financiera de 1997-1998 y el renovado crecimiento de Japón después de 2000 son atribuibles, al menos en parte, al *boom* económico chino que absorbió sus componentes industriales y sus bienes de capital. Cuando la actual crisis global comenzó a manifestarse y la demanda de consumo en Estados Unidos comenzó a contraerse intensamente en el otoño de 2008, las exportaciones asiáticas se hundieron de modo inmediato, mientras que las de la RPCh siguieron una pauta similar tan sólo tres meses más tarde aproximadamente. La causa de este desfase temporal radicó en que la caída de las exportaciones asiáticas fue en gran medida una función de un declive de los pedidos de productos semiterminados y bienes de capital procedentes de China en anticipación de la caída en picado de los pedidos de productos terminados que llegarían de Estados Unidos y de otras partes del mundo en los meses siguientes. Las limitaciones del modelo de desarrollo chino –sobredependencia del consumo occidental y letárgico crecimiento del mercado interno– inevitablemente se traducen en vulnerabilidades para sus socios asiáticos, dejando al conjunto de estas

economías expuesto a cualquier contracción seria de la demanda de consumo en el Norte global. Reequilibrar el desarrollo de China, por lo tanto, no es únicamente necesario para la sostenibilidad de su crecimiento económico, sino también para el futuro colectivo de Asia oriental como un bloque económico integrado.

Obstáculos para el reequilibrio

Los gobiernos chinos y asiático-orientales han empleado sus reservas exteriores para comprar deuda estadounidense no únicamente en busca de una rentabilidad presumiblemente estable y segura, sino también como una estrategia deliberada de financiar el creciente déficit por cuenta corriente de Estados Unidos y, por consiguiente, de asegurar un continuo incremento de la demanda de sus propias exportaciones por parte de este país. El déficit, sin embargo, no puede expandirse indefinidamente y podría, a la postre, provocar el colapso del dólar o del mercado de bonos e inducir un aumento de los tipos de interés, poniendo punto final al hipertrófico consumo estadounidense. Esto no sería únicamente un golpe mortal para el motor exportador de China, sino que diezmaría también su poder financiero global mediante una drástica devaluación de sus anteriores inversiones.

Antes de la actual crisis, el gobierno chino había experimentado con diferentes modos de diversificar e incrementar los rendimientos de su cartera de divisas, intentando invertir en acciones extranjeras y financiar la adquisición de corporaciones transnacionales por parte de empresas públicas que utilizaron recursos financieros (divisas) suministradas por el Estado a través del sistema bancario público. Sin embargo, casi todos los intentos acabaron en desagradables fracasos, que fueron menos el resultado de malas decisiones de inversión que de constricciones impuestas por el excepcional tamaño de las reservas exteriores chinas, que hace difícil que Pekín adquiera y se desprenda libremente de activos financieros sin trastornar los mercados globales. Al mismo tiempo, las compras chinas de empresas extranjeras importantes es probable que susciten reacciones proteccionistas o nacionalistas, por lo que las adquisiciones en el exterior de China lo han sido de empresas en declive que buscaban desesperadamente un comprador. Estos obstáculos a la diversificación de su cartera se hicieron palpables en la poco o nada rentable compra de la división de ordenadores personales de IBM por Lenovo, una gran empresa informática con una especial participación del gobierno chino; en la masiva pérdida derivada de la inversión realizada en Blackstone en 2007 por la Corporación de Inversión de China, el fondo soberano de la RPCh; y en la intensificación del sentimiento antichino en Australia desencadenado en 2009 por el intento de Chinalco, una gigantesca compañía minera pública, de aumentar su participación en Río Tinto, la mayor compañía minera australiana. La acumulación por parte de China de petróleo y de otras mercancías importadas para protegerse contra el aumento de los precios de las materias primas produjo también

pérdidas sustanciosas cuando sus precios se desplomaron como consecuencia de la recesión global.

Además de exponer al país a las vicisitudes de los mercados globales, el modelo orientado hacia la exportación de China ha reducido drásticamente el consumo. Como indicamos anteriormente, la competitividad exportadora de la RPCh se ha erigido sobre un persistente estancamiento salarial, derivado a su vez de una crisis agraria propiciada por un régimen de políticas orientadas hacia las zonas urbanas. En vez de compartir una mayor parte de los beneficios con los empleados y elevar sus niveles de vida, el floreciente sector exportador ha dirigido la mayoría de sus excedentes al ahorro de las empresas, que ahora constituye una enorme parte del ahorro nacional agregado. Como muestra la figura 7, desde finales de la década de los noventa el porcentaje de los salarios totales respecto al PIB declinó en tándem con la caída del consumo privado. Estas dos tendencias a la baja contrastan agudamente con la cuota ascendente de los beneficios empresariales. Aunque el consumo ha estado creciendo en términos absolutos, lo ha hecho mucho más lentamente que la inversión (véase la figura 8).

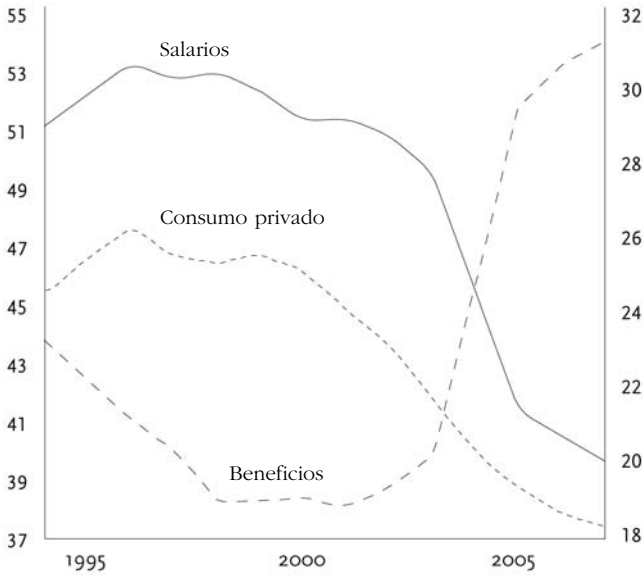
Esta restricción del consumo privado no ha dificultado únicamente a las empresas orientadas hacia la demanda interna la reducción de sus existencias, sino que también ha frustrado a muchas empresas extranjeras que albergaban altas expectativas respecto al supuestamente gigantesco mercado de China. Aunque ya establecida como un comprador importante de bienes de capital, componentes industriales y recursos naturales de Japón, el Sudeste Asiático, Brasil y otros países, China todavía tiene que demostrar buena parte de su potencia como importador esencial de productos procedentes simultáneamente del mundo desarrollado y en vías de industrialización. *The Economist* se quejaba, en nombre de aquellos descorazonados inversores extranjeros, de que «el mercado será más pequeño de lo esperado y su desarrollo exigirá más tiempo del previsto; y de que, dado el gran número de empresas extranjeras que están entrando en el mercado chino, es probable que la competencia sea encarnizada [...]. ¿Cómo pueden las empresas extranjeras generar una rentabilidad aceptable en China?»⁷. En un tono similar, la revista *Forbes* reconoció, cuando la demanda china de automóviles creció mucho más lentamente que la capacidad de producción del sector, que «la creciente competencia en China ha provocado una situación de sobrecapacidad productiva industrial y una rápida reducción de los márgenes de beneficio de los fabricantes de automóviles en este país a un nivel en buena medida en línea con el resto del mundo, esto es, entre el 4 y el 6 por 100»⁸.

En un intento de comenzar a reequilibrar el desarrollo de China –caracterizado por el primer ministro Wen Jiabao en 2007 como «inestable, dese-

⁷ «A billion three, but not for me», *The Economist*, 18 de marzo de 2004.

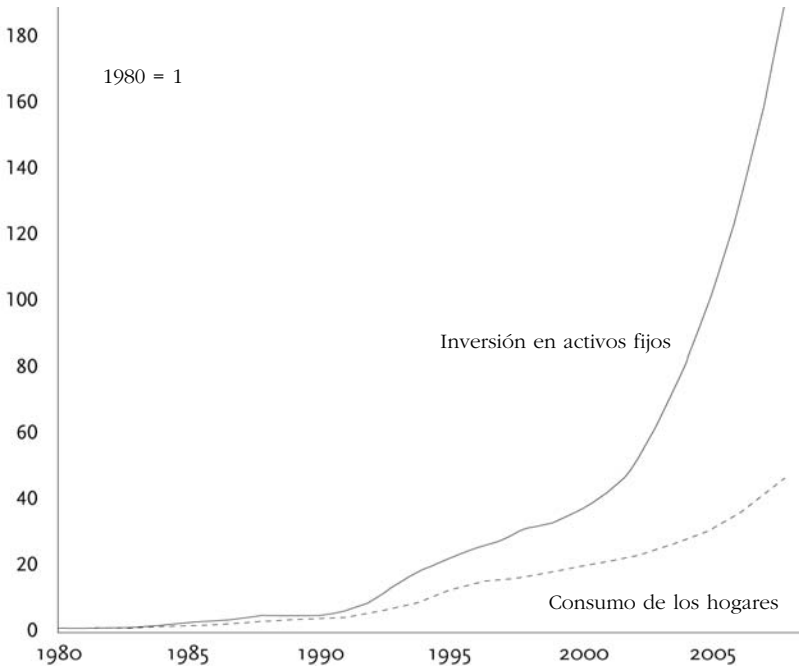
⁸ «Speed Bumps for Automakers in China, India», *Forbes*, 26 de marzo de 2007.

Figura 7. Salarios, beneficios y consumo privado como porcentaje del PIB



Eje izquierdo: niveles salariales y de beneficios sociales; eje derecho: niveles de beneficio.
 Fuente: China Statistical Yearbook.

Figura 8. Índice de crecimiento de la inversión y del consumo, 1980-2008



Fuente: China Data Center.

quilibrado, descoordinado e insostenible»—, el gobierno central bajo el mandato de Hu Jintao y sus aliados «populistas» había intentado desde 2005 animar el consumo interno estimulando la renta disponible de los campesinos y de los trabajadores urbanos. La primera batería de tales iniciativas incluía la abolición de los impuestos agrícolas y un incremento de los precios de aprovisionamiento del gobierno para los productos agrícolas. Aunque estas medidas dirigidas a incrementar el nivel de vida rural no constituyeron más que un pequeño paso en la dirección correcta, su efecto fue instantáneo. Una ligera mejora de las condiciones del sector rural-agrícola ralentizó el flujo de migración a las ciudades y provocó una repentina escasez de trabajadores y un alza de los salarios en las zonas de procesamiento para la exportación de la cornisa costera, haciendo que muchos economistas declarasen que finalmente había llegado el punto de inflexión lewisiano, a partir del cual el trabajo rural excedente se ha agotado⁹.

Al igual que la oferta «ilimitada» de trabajo exhibida por China fue más una consecuencia de un conjunto de políticas que una precondition natural de su desarrollo, la llegada del punto de inflexión lewisiano fue en realidad el resultado de los intentos por parte del Estado de revertir un previo sesgo urbano antes que un proceso impulsado por la mano invisible del mercado. El hecho concomitante al incremento de la renta campesina y de los salarios industriales fue un incremento sin precedentes de las ventas al por menor, incluso corregido por la inflación (véase la figura 9). Pero nada más que el gobierno dio el primer paso hacia un crecimiento impulsado por el consumo interno en vez de por los intereses adquiridos del sector exportador costero, éste se quejó estrepitosamente del empeoramiento de sus perspectivas, exigió políticas compensatorias para salvaguardar su competitividad e intentó sabotear ulteriores iniciativas destinadas a elevar los niveles de vida de las clases trabajadoras como, por ejemplo, la aplicación de la Ley del Nuevo Contrato de Trabajo —que incrementaría la remuneración de los trabajadores y dificultaría el despido— y la apreciación controlada del yuan.

Cuando la crisis global dejó sentir sus efectos y el motor exportador chino se paró, la RPCh se embarcó inmediatamente en un inmenso paquete de estímulo presupuestario equivalente a 570 millardos de dólares (que incluía tanto el gasto público como préstamos dirigidos de los bancos propiedad del Estado) en noviembre de 2008. Muchos analistas celebraron inicialmente esta intervención masiva como una oportunidad preciosa para acelerar el reequilibrio de la economía china en pro del consumo interno y confiaron en que este estímulo consistiría principalmente en gasto social —como, por ejemplo, la financiación del seguro médico y las cuentas de la Seguridad Social— que incrementaría sensiblemente la renta disponible y, por consiguiente, el poder adquisitivo de las clases trabajadoras. Sin embargo, no más del 20 por 100 de este paquete de estímulo se asignó en realidad al gasto social, mientras que la mayor parte se dirigió a la inversión en activos fijos en sec-

⁹ Cai Fang y Du Yang (eds.), *The China Population and Labor Yearbook*, vol. I, Leiden, 2009.

Figura 9. *Crecimiento porcentual anual de las ventas al por menor, 1986-2008*



Fuente: China Data Center.

tores que ya sufrían de sobrecapacidad, como sucede con los del acero y el cemento, y a la construcción del mayor sistema de ferrocarril de alta velocidad del mundo, cuya rentabilidad y utilidad son inciertas¹⁰. El paquete de estímulo, al no prestar demasiada asistencia a las instituciones de bienestar social o a las pequeñas y medianas empresas intensivas en trabajo, mejorará tan sólo ligeramente el volumen de la renta disponible y el nivel del empleo. Y lo que es peor, el gobierno central, aparentemente horrorizado por el repentino colapso del sector exportador, reconsideró sus esfuerzos de reequilibrio y reintrodujo un determinado número de medidas para promover las exportaciones tales como las exenciones del impuesto sobre el valor añadido que afecta a éstas y una congelación de la apreciación del yuan. Los industriales de estos sectores incluso utilizaron la crisis para exigir la suspensión de la Ley del Nuevo Contrato de Trabajo de 2007, alegando que se trataba de su propia supervivencia¹¹.

A pesar de su impresionante tamaño, el estímulo presupuestario hará poco por promover el consumo interno y, en consecuencia, por reducir la depen-

¹⁰ «Siwanyi neiwai» [Pros y contras de una inversión de cuatro millardos], *Caijing*, 16 de marzo de 2009.

¹¹ Véase «Jiuye xingshi yanjun laodong hetong fa chujing ganga» [El severo desempleo pone en peligro la ley de contrato de trabajo], *Caijing*, 4 de enero de 2009.

dencia exportadora de China. Aunque una enorme cantidad de fondos se dirigió a las provincias occidentales con la intención de corregir el diferencial de desarrollo entre las áreas costeras y las interiores, el crecimiento fundamentalmente intensivo en capital y prourbano promovido por el paquete de estímulo ha agravado realmente la polarización rural-urbana (véase el cuadro 3). Mientras continúe el intenso sesgo prourbano de la inversión en activos fijos, el diferencial urbano-rural en el crecimiento de la renta, que se había reducido después de 2005, se ampliará de nuevo a medida que se implemente el paquete de estímulo. Éste ha frenado el ascenso relativo de los niveles de vida rurales registrado desde 2005, que había contribuido a provocar un modesto crecimiento en el consumo interno.

Cuadro 3. *Persistencia del sesgo prourbano y caída de la rentabilidad a tenor del paquete de estímulo*

	2005	2006	2007	2008	2009
Ratio urbano-rural en inversión en activos fijos	5,6	5,7	5,9	6,1	5,9 [*]
Diferencial urbano-rural en el crecimiento de la renta real per cápita (%)	3,4	3	2,7	0,4	3,1
Crecimiento de los beneficios en el sector industrial	17,4	31	36,7	4,9	-10,6 [§]

* Cifras basadas en los seis primeros meses de 2009.

§ La cifra representa el crecimiento en los primeros ocho meses respecto al mismo periodo del año precedente.

Fuente: National Bureau of Statistics of China.

Lo que consigue este gasto masivo es, en realidad, mantener la economía en marcha a corto plazo gracias a un extraordinario esfuerzo de inversión impulsado por el Estado, mientras se espera que el mercado exportador se relance de nuevo. En el verano de 2009, los datos mostraban que el estímulo había logrado detener la caída libre de la economía china y provocado un modesto repunte, pero, al mismo tiempo, constataban que casi el 90 por 100 del crecimiento del PIB durante los siete primeros meses del 2009 fue impulsado únicamente por las inversiones en activos fijos espoloadas por la explosión crediticia y el aumento del gasto público¹². Muchas de estas inversiones son ineficientes y, en general, no rentables (véase el cuadro 3). Si el relanzamiento de los mercados exportadores no llega a tiempo, el déficit presupuestario, los créditos de dudoso cobro y la exacerbación de la sobrecapacidad provocarán una desaceleración más intensa a medio

¹² «Zhongguo GDP zengzhang jin 90% you touzi ladong» [Casi el 90 por 100 del crecimiento del PIB de China fue provocado por la inversión], *Caijing*, 16 de julio de 2009.

plazo. En palabras de un prominente economista chino, este programa de megaestímulo es como «beber veneno para saciar la sed»¹³.

Perspectivas

Durante las dos últimas décadas, China ha emergido como el eslabón último de los procesos de producción industrial y como exportador final de la red asiático-oriental de producción. Ha alcanzado también el estatus de principal acreedor de Estados Unidos y mayor poseedor de reservas de divisas, y ha demostrado el potencial para convertirse en el mercado del mundo además de su principal centro productor. China se halla, pues, bien colocada para implementar un nuevo orden económico regional y global mediante su contribución a que Asia y el Sur global abandonen su dependencia comercial y financiera del Norte en general y de Estados Unidos en particular.

Sin embargo, el potencial de China para dirigir tal proceso está lejos todavía de ser una realidad. Hasta el momento, la estrategia de la RPCh de prestar a Estados Unidos para facilitar la compra de sus exportaciones únicamente ha profundizado su dependencia, así como la de sus proveedores, de los consumidores y del mercado de bonos estadounidenses, haciendo a aquéllos vulnerables a cualquier turbulencia de la economía global. La competitividad exportadora a largo plazo de la RPCh radica en un modelo de desarrollo que arruina al sector rural y prolonga una oferta ilimitada de trabajo migrante barato para las industrias exportadoras de la cornisa del Pacífico. El excedente comercial cada vez mayor que resulta de este modelo puede incrementar el poder financiero global de China por mor de la acumulación creciente de deuda estadounidense, pero la represión a largo plazo de los salarios constriñe el crecimiento de la capacidad de consumo del país. La actual crisis financiera, que ha diezmado la demanda de consumo del Norte global e incrementado la probabilidad de un colapso del mercado de bonos estadounidense así como del dólar, es una tardía llamada de atención para optar por un cambio urgente de curso.

Pekín sabe perfectamente que una acumulación ulterior de reservas de divisas es contraproducente, pues incrementará el riesgo asociado a los activos que China ya posee o bien instará a adquirir otros que encierren un riesgo todavía mayor. El gobierno es también totalmente consciente de la necesidad de reducir la dependencia exportadora del país y de estimular el crecimiento de la demanda interna mediante el incremento de la renta disponible de las clases trabajadoras. Una redefinición tal de las prioridades implica la reasignación de recursos y la reorientación de las políticas desde las ciudades costeras hacia las provincias del interior, en las que una prolongada marginación social y un persistente subconsumo han abierto un

¹³ Xu Xiaonian de la China Europe International Business School de Shanghai, citado en «China Stimulus Plan Comes Under Attack at “Summer Davos”», *Cbina Post*, 13 de septiembre de 2009.

amplio espacio de maniobra para acometer mejoras. Sin embargo, los intereses adquiridos como resultado de varias décadas de desarrollo orientado hacia la exportación convierten este cambio de curso en una formidable tarea. Los funcionarios y empresarios de las provincias costeras, que se han convertido en un poderoso grupo capaz de definir los parámetros y la implementación de las políticas del gobierno central, se han mostrado inflexibles hasta la fecha a la hora de bloquear tal reorientación. Esta facción dominante de la elite china –los exportadores y acreedores de la economía mundial– ha establecido una relación simbiótica con la clase dominante estadounidense, que ha luchado por mantener su hegemonía interna garantizando el nivel de vida de sus ciudadanos como consumidores y deudores del mundo. A pesar de las disputas ocasionales, ambas elites a los dos lados del Pacífico comparten un interés en perpetuar sus respectivos *statu quo* internos, así como los actuales desequilibrios de la economía global.

A no ser que se produzca una realineación política fundamental que cambie el equilibrio de poder, en la actualidad escorado a favor de la elite urbana de la cornisa costera, en beneficio de las fuerzas que representan los intereses de la mayoría de la población de las zonas rurales, es probable que China continúe liderando al resto de exportadores asiáticos en su afán por servir diligentemente a Estados Unidos, al tiempo que todos ellos se convierten en sus rehenes. El *establishment* anglosajón se ha mostrado últimamente más respetuoso con sus socios asiáticos, invitando a China a convertirse en un «copartícipe» del orden global «chinamericano» o «G2». Lo que esto quiere decir es que China no debe hundir el barco, sino continuar contribuyendo a mantener la preeminencia económica estadounidense (a cambio, quizá, de una mayor consideración de las preocupaciones de Pekín por el Tíbet y Taiwán). Esta actitud permitiría a Washington ganar un tiempo precioso para asegurar su predominio sobre sectores emergentes de la economía mundial mediante la inversión pública en tecnología verde y otras innovaciones financiada mediante el correspondiente endeudamiento, y rehacer así su debilitada supremacía en una hegemonía verde. Ésta parece ser exactamente la apuesta de la Administración Obama como respuesta a largo plazo a la crisis global y al declinante poder estadounidense.

Si China reorientara su modelo de desarrollo y lograra un mayor equilibrio entre consumo interno y exportaciones, no se liberaría tan sólo de la dependencia del moribundo mercado de consumo de Estados Unidos y de la adición a la peligrosa deuda de este país, sino que también beneficiaría a los productores industriales de otras economías asiáticas que están igualmente ansiosos de escapar de esos peligros. Más fundamental si cabe es el hecho de que si otras economías emergentes acometieran una reorientación similar y se intensificara el comercio Sur-Sur, de modo que éstas pudiesen convertirse recíprocamente en consumidoras unas de otras, se inauguraría entonces una nueva era de crecimiento autónomo y equitativo en el Sur global. Hasta que ello suceda, sin embargo, un recentramiento del capitalismo global del Oeste hacia el Este y del Norte hacia el Sur como consecuencia de la crisis global es poco más que un deseo piadoso.